

EL PACTO DE SEGURIDAD EN EL PACIFICO

El semanario norteamericano *U. S. News & World Report* publicó en su número del día 27 de abril de 1951 unas declaraciones hechas por John Foster Dulles a su corresponsal y director regional, Joseph Fromm, que tuvieron una repercusión muy honda en todos los círculos políticos y diplomáticos. No es que tales declaraciones de Foster Dulles fueran consideradas como algo insólito o extraordinario. Las ideas que en las mismas expuso, en una cierta parte eran conocidas; pero en lo que reside su valor es en que de una forma oficiosa y concreta se planeaba lo que iba a ser toda la política norteamericana en el Pacífico, cuando meses antes había sido exonerado de su cargo el general Mac Arthur y, por tanto, se consideró que iba a haber un cambio de ruta en la política de los Estados Unidos en Extremo Oriente y en el Pacífico.

Poco tiempo antes de estas declaraciones, el Presidente Truman había hecho una declaración que fué definida como «política de seguridad del Pacífico de los Estados Unidos», y por ser Foster Dulles, en aquel tiempo, uno de los íntimos consejeros del Presidente en los asuntos de Extremo Oriente y zona del Pacífico, sus declaraciones fueron consideradas como ampliación y explicación de lo planeado por Truman.

Al preguntarse a Dulles cuál es el significado de la política de seguridad del Pacífico anunciada por el Presidente Truman, contesta: «El arreglo que se acaba de anunciar entraría en vigor simultáneamente con Australia y Nueva Zelanda, al mismo tiempo que se concluía el Tratado de paz con el Japón y se llegaba a un acuerdo de seguridad entre este último país y los Estados Unidos. Como indicó el Presidente, planeamos tener fuerzas armadas en Okinawa, de forma que se montaría una cadena de defensa norteamericana en el Pacífico que comenzaría en las Aleutianas, atravesaría Japón y continuaría a través de las islas Ryukvus, las Filipinas, Australia y Nueva Zelanda. En la actualidad se piensa en una serie de acuerdos —tres podríamos decir—. Uno es el propuesto pacto bilateral con el Japón, el cual se está discutiendo en la actualidad. Otro es el acuerdo que ya tenemos con Filipinas. El tercero sería un arreglo tripartito entre Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda. Inicialmente, el acuerdo tiene tres fases, aunque con el tiempo podría convertirse en un solo acuerdo conjunto.»

He aquí, expuesta de una forma clara y objetiva, toda una política que un año después, en agosto de 1952, iba a cumplir todas las premisas planteadas e iba a tener una realidad práctica. Pero John Foster Dulles no se redujo en sus declaraciones a dar a la publicidad un anteproyecto de lo que iba a realizarse. Tan interesados como están los Estados Unidos en todo lo concerniente al área del Pacífico y Extremo Oriente, Dulles se explaya en consideraciones sobre el sistema de defensa de esta zona: «Se estudia formar un cuerpo consultivo con representación de las tres potencias para discutir este asunto. No se tiene intención de estacionar tropas norteamericanas en Australia o Nueva Zelanda, porque hay otros puntos donde pueden ser de mucha más eficacia para la protección de estos países. La parte más importante del acuerdo —a juicio de esta personalidad— es el dejar bien sentado que «la potencia de los Estados Unidos será puesta en juego instantáneamente que ocurra un ataque contra Australia o Nueva Zelanda. Para hacer posible esto, las fuerzas no tienen que estar situadas en la localidad que se tiene la intención de proteger. Pueden estar localizadas en cualquier otra parte.»

Toda esta serie de consideraciones, así como aquellas que pueden tener una íntima relación con este asunto, cual es el futuro del Japón como nación que, reintegrada al concierto de las naciones, ha de jugar un papel de estrecha relación con los Estados Unidos, las resume John Foster Dulles con estas palabras: «Los Estados Unidos harán todo lo posible para crear un ambiente de seguridad. Podemos hacer esto especialmente en áreas donde podemos ejercer una influencia con nuestra potencia de mar y aire. Si podemos crear este ambiente de seguridad, entonces se levantarán instituciones libres, como ejemplo de lo que pueden hacer pueblos libres en una atmósfera de seguridad. Creo que este ejemplo ejercerá tanta influencia sobre los territorios bajo control comunista, que les será muy difícil a los dirigentes soviéticos mantener su control. Gradualmente la ola de comunismo irá en disminución.»

Las ideas norteamericanas, de montar un dispositivo de defensa en el Océano Pacífico, no hace más que intentar llevar a la práctica un principio estratégico de dominar una zona ante la eventualidad de un ataque.

Sin embargo, además de todo aquello que pueda tener relación con un fundamento militar del Pacto, Norteamérica persigue un interés económico basado en la obtención de aquellas materias primas de absoluta necesidad para su industria, al tiempo que, acaparando estos mercados, impide que la Unión Soviética pueda obtener aquellos productos que también le son de primordial interés para su economía, tanto de paz como de guerra. En el diario *New York Journal American* de fecha 24 de julio de 1951 publicaba el comentarista George E. Sokolsky un artículo que titulaba «El Pacto del Pacífico podría ser vital». En el mismo se expone que los Estados Unidos necesitan importar materias

primas esenciales si quieren estar en condiciones para enfrentarse con Rusia. Para Norteamérica, las importaciones de caucho virgen, cromo, estaño, manganeso, cobalto, tungsteno, plomo y zinc son fundamentales. Y estos productos tiene que obtenerlos de Malaya, Indonesia, Siam, India y Filipinas. «Todos estos países —dice— representan un interesante mercado exportador de materias primas para los Estados Unidos, y al mismo tiempo, el negar a Rusia esos mismos productos.» Es decir, que para Sokolsky, en el Pacto del Pacífico deben incluirse, además de Australia y Nueva Zelanda, todos aquellos países que pueden calificarse de anticomunistas del Sudeste asiático, tales como Filipinas, Formosa, Malaya, Siam, Birmania e Indonesia.

Es interesante hacer observar la posición que sobre esta cuestión del Pacto del Pacífico adoptó uno de los que fué más asiduos colaboradores de John Foster Dulles, el gobernador Dewey, el cual, en un discurso pronunciado ante la «National Industrial Conference Board» de los Estados Unidos en Washington, criticó a Dulles diciendo que estaba trabajando desde hacía un año en el esquema del Pacto y todavía no había conseguido un resultado positivo a causa de las numerosas dificultades que había de vencer, algunas de ellas incapaz por sí mismo de resolver, pues muchos países que en él intervendrían lo primero que quieren es que se les den garantías de defensa de su propio territorio.

Después se ha llegado a la conclusión de que este ataque de Dewey contra Dulles pudiera tener su raíz en que, caso de que ganaran los republicanos las elecciones presidenciales de noviembre de 1952, ambos son posibles candidatos a ocupar el puesto de Secretario de Estado.

Tal ataque de Dewey no fué compartido por los círculos políticos, y menos por las altas esferas gubernamentales de Washington, en donde no encontraron ni el más pequeño eco, pero sí sirvieron para que inmediatamente se produjera una reacción a favor de John Foster Dulles y su trabajo, que culmina cuando los Estados Unidos logran que se firmen los Tratados de paz con el Imperio nipón.

Uno de los comentaristas más ecuanímenes que hay en los Estados Unidos, Ernest K. Lindley, declaró en el semanario *Newsweek*, en su número del 18 de febrero de 1952, a raíz de la ratificación del Tratado de paz con el Japón y la reorganización de los Pactos de seguridad del Pacífico, que John Foster Dulles había concluido la misión para la que fué nombrado en 1950. «La labor de esta personalidad sólo puede ser calificada de monumental y ha logrado alcanzar los objetivos que se proponían, habiendo realizado todo ello perfectamente.» No hay que olvidar que Dulles empezó su labor bajo un clima de desagrado y de prevención, uniéndose a todo esto la situación confusa que había por aquel entonces en Extremo Oriente, pues eran los momentos en que, a causa de la intervención china, la guerra de Corea se hallaba en un momento de crisis que culminó con la destitución de Mac Arthur. Es más, «todo

lo relativo a los pactos de seguridad del Pacífico, hubo de irlos preparando de una manera subrepticia y sorteando a Truman, Mac Arthur, Acheson y Taft, que en todo momento no sólo no le prestaron su ayuda en la labor que realizaba, sino que le pusieron toda clase de inconvenientes y prejuicios». Por ello la labor de Dulles es aún más digna de alabanza, pues, sin desmayar un solo momento, colocó las bases de lo que será la política norteamericana en el Extremo Oriente. Frente a estas posiciones de las personalidades citadas, hay que mencionar la ayuda que Dulles recibió en todo momento del ayudante del Secretario de Estado para los Asuntos de Extremo Oriente, John M. Allison.

Días antes de que se celebrara la Conferencia de Honolulu, el Secretario de Estado norteamericano, Dean Acheson, hizo unas declaraciones en las que expuso las razones de esta reunión, la cual serviría para planear la organización y funciones del núcleo formado por los Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda, con vistas a un Pacto de seguridad en el Pacífico. Esta reunión, añadió, será la base para la formación de un sistema más amplio, en el cual ingresarán Filipinas y Japón, y se basa en las ideas democráticas de los pueblos libres y en los Tratados regionales de seguridad, así como en la constitución de fuerzas de seguridad colectiva.

«No hay duda de que es muy deseable la consecución de un sistema defensivo en el Pacífico, similar al establecido en Europa, y no hay duda de que tal sistema se convertirá en realidad.» La inexorable presión comunista obliga a que las naciones subordinen sus diferencias ante la posibilidad de una lucha común para sobrevivir. «Es evidente que hay obstáculos, y algunos de ellos parecen infranqueables», afirma el diario *New York Times* en un editorial publicado en 1.º de agosto de 1952. Pero varios países muestran sus recelos a este Pacto de seguridad colectiva por una u otra razón. Tales como la India e Indonesia, porque mantienen una política de no buscar muchas concomitancias y menos lazos que las aten, tanto con los occidentales como con el bloque soviético, y otras naciones, como es Filipinas, la que por su desconfianza hacia el Japón por lo ocurrido durante la segunda Guerra Mundial cuando la ocupación, no tiene aún los ánimos dispuestos para unirse al que fué su enemigo y por la serie de heridas y daños recibidos, aún sin cicatrizar.

He aquí la labor más ardua que tienen que realizar los Estados Unidos si quieren que el Pacto del Pacífico sea una realidad tal como la han vistumbrado: aunar voluntades y limar resquemores y celos.

Durante los días 5, 6 y 7 de agosto de 1952 se desarrolló la que ha sido bautizada con el nombre de Conferencia de Honolulu, que tuvo lugar en el salón del Club de Oficiales de la «Kaneohe Navy Air Station» de Honolulu, en la que, representando a los Estados Unidos, se encontraba el Secretario de Estado, Dean Acheson; a Australia, el Ministro

de Asuntos Exteriores. Richard G. Casey, y a Nueva Zelanda, el también Ministro de Asuntos Exteriores, T. Clifton Webb.

En estas reuniones se han tratado todos los puntos que son de interés para la defensa del Pacífico, y ha sido, en especial, considerado lo que representa y puede representar la amenaza rusa y china sobre el Extremo Oriente, así como los medios que se consideran necesarios para montar una defensa contra tal amenaza. Sobre este punto, los tres Ministros se mostraron de acuerdo, cosa que no ocurrió lo mismo al tratarse de la admisión de nuevos miembros del Pacto.

Australia y Nueva Zelanda, miembros de la Comunidad Británica, solicitaron el ingreso en el Pacto de la Gran Bretaña, a la que consideran debe formar parte del mismo, por las numerosas colonias que posee en el área del Pacífico. Acheson, si bien no opuso resistencia al ingreso de la Gran Bretaña, subrayó que de mayor interés es el ingreso del Japón, nación que pertenece física y espiritualmente al Pacífico y cuya existencia depende actualmente de la defensa que se establezca en esta zona. Ante esta sugerencia, los representantes australiano y neozelandés mostraron su temor de que el rearme japonés pudiera representar la posibilidad de que esta nación quisiera de nuevo desarrollar una política de hegemonía al convertírsela otra vez en primera potencia, pero Acheson rebatió semejante idea, manteniendo que en la actual situación internacional hay que desechar dicho prejuicio, pues la amenaza latente y potencial es la del bloque soviético. En vista de la discrepancia de pareceres, los representantes de Australia y Nueva Zelanda propusieron que esta cuestión se debatiría en una próxima reunión de los tres países fundadores del ANZUS.

Por su parte, Australia hizo la invitación a los Estados Unidos de usar libremente las bases navales y aéreas de la isla de Manus, que pertenecen al Archipiélago del Almirantazgo, que Norteamérica abandonó en 1946, a causa de un conflicto de jurisdicción con Australia.

Al terminarse la Conferencia, se hizo público un comunicado con los extremos expuestos anteriormente, y en el cual se indicó que era prematuro establecer relaciones con otros países u organizaciones regionales y que el ANZUS (así denominado por las iniciales de las tres naciones signatarias) era un Tratado que se establecía según los principios de la Carta de las Naciones Unidas. También se añadía que las discusiones se habían desarrollado siempre teniendo en cuenta que Australia y Nueva Zelanda son parte de la Comunidad Británica y que los Estados Unidos, además de pertenecer a la NATO, están ligados por Tratados a otras Repúblicas americanas, a Filipinas y al Japón, sosteniéndose que el Pacto tiene un carácter constructivo encaminado a mantener la seguridad en la zona del Pacífico. Por último, el comunicado concluye señalando que habiase tenido un cambio de impresiones sobre las actividades de la ONU en Corea y sobre el problema de la asistencia a las naciones libres

de Asia para poder resistir a la amenaza comunista, y se declaraba que no se había tomado ninguna decisión sobre asuntos en los que puedan estar interesados los países amigos del Pacífico o con interés en él.

Esta última parte del comunicado confirma, de forma bastante inequívoca, que los resultados de la Conferencia han sido muy modestos. Sin embargo, el hecho de que se anuncie una próxima reunión de los expertos militares de las tres potencias signatarias, indica que se persigue conseguir un plan estratégico capaz de ser la base de la defensa del Pacífico.

Una vez que terminó la Conferencia de Honolulu, los tres jefes de las misiones de los países signatarios se vieron en la obligación de hacer declaraciones sobre el resultado de la reunión. Acheson, como representante de la nación que ha sido la autora de la idea de la defensa conjunta del Pacífico, se mostró satisfecho de los resultados obtenidos al decir que «ha sido una reunión muy cordial; en ella hemos puesto claramente todas nuestras cartas sobre la mesa». Por su parte, el Ministro de Asuntos Exteriores de Australia ratifica la opinión de Acheson, al manifestar que «ha sido una Conferencia muy amistosa, en la que no ha habido divergencias y en la que hemos hablado con gran franqueza». En cuanto la opinión del Ministro de Asuntos Exteriores neozelandés, gira sobre otro punto de vista: «Estamos muy agradecidos a Mr. Acheson por habernos dado esta prueba de confianza.»

En la misma se decidió que, además de la existencia de un Consejo encargado del desarrollo político del Pacto, cada una de las partes contratantes tendría un representante militar en el mismo y cuya función será la de asesorar al Consejo en todas las cuestiones relativas a cooperación militar.

Tal como se había planeado en un principio, esta Conferencia de Honolulu tuvo un alcance limitado y se redujo a dar forma legal al Pacto tripartito de seguridad mutua concertado por las tres potencias interesadas, cuando en San Francisco se firmó el Tratado de paz con el Japón. Como es fácil prever, esta reunión es sólo un primer paso, en el que, además de estudiar todos los problemas que les afectan en el Pacífico, en especial lo que representa y puede representar la amenaza soviética en el Pacífico, principalmente a causa de la China comunista, se consideró el posible ingreso de Filipinas y Japón.

Ahora bien, a pesar de que se admitiera a estas dos últimas naciones dentro del Pacto, ¿se habría montado un dispositivo estratégico y potente para hacer frente a una agresión comunista en esta parte del mundo? Creemos sinceramente que no, y éste parece ser el sentir de los Estados Unidos. Nunca podrá haber una situación de equilibrio y de seguridad en el Pacífico, mientras fuera del Pacto queden países de importancia económica, estratégica y de población como son Indonesia, India, Siam y China nacionalista. Pero tanto Australia como Nueva Ze-

landa y Filipinas temen un resurgir militar del Japón, y, sin embargo, hay que contar con él.

Hay en esto de la defensa del Pacífico, por lo menos, una realidad palpable, cual es que las tres potencias que forman lo que se ha denominado el ANZUS han dado ya el primer paso para intentar conseguir aquélla. Es indudable que las tres potencias interesadas han trabajado y colaborado en un ambiente de completa cordialidad, y al establecer este primer núcleo de un sistema de seguridad colectiva en el Pacífico han pasado del proyecto a la realidad, al tiempo que, el reafirmar la necesidad de que en el mismo ingresen otras naciones, demuestra que consideran que, entre ellas, tres no son capaces de construir todo el sistema requerido y que, por tanto, es necesario que en la organización ingresen otras naciones, y que además el Pacto persigue un fin político al tiempo que militar, pues según el comunicado oficial rendido al terminarse la Conferencia de Honolulu, se declara que «hay que fortalecer las amistades pacíficas entre todas las naciones que se encuentran enclavadas en la zona del Océano Pacífico».

En un principio, y hace años, se pensó que un Tratado del Pacífico debería tener como principal función el velar por que las Filipinas no sucumbieran de nueva a una agresión japonesa; pero hoy, después del cambio que se ha producido en la zona del Pacífico, por la total conquista de la China continental por el comunismo, los principios fundamentales de la defensa de los países del Pacífico han variado fundamentalmente. Ahora la tarea base que hay que desarrollar por parte de las naciones del Pacífico es buscar el procedimiento para enfrentarse y resistir la agresión comunista. Por ello, como dice el *New York Times* en un editorial aparecido en su número del día 8 de agosto de 1952, lo que hay que hacer es formar un bloque entre los países del Pacífico y del Oriente y Sudeste asiático para enfrentarse con el imperialismo ruso. Tal concepto está ya tan arraigado, que incluso Filipinas ha declarado oficialmente la necesidad de que pronto se celebre una conferencia en la que intervengan los tres países del ANZUS, el Japón y Filipinas.

Ya se ha indicado el carácter político que quiere tener este Pacto, por lo que hay que hacer una pequeña salvedad. Durante algún tiempo se ha estado diciendo que lo que querían lograr los Estados Unidos en el Pacífico era una réplica de la NATO. En nada se parece un Pacto al otro. La Organización del Pacto Atlántico Norte tiene un fin militar única y exclusivamente, mientras que el Pacto de Seguridad del Pacífico pretende la creación de un dispositivo que coordine las políticas de las naciones interesadas e integre las fuerzas de los países dentro de un mismo marco. Aunque pudiera parecer lo mismo, no lo es: en la NATO preside como idea un fin militar; en el ANZUS es un fin político el que se persigue. Por esto se ha hablado de que esta Organización tiene que

luchar, para triunfar, con la falta de homogeneidad social y cultural de los países interesados y las naturales desconfianzas entre las naciones.

La reunión de los Ministros de Asuntos Exteriores de Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda en Honolulu, además de celebrarse para discutir el problema de la defensa, sirvió para poner de relieve todos los problemas que actualmente tiene planteados el Pacífico, problemas que se hallan complicados con las luchas que se desarrollan en Corea y en Indochina. Es necesaria, por lo tanto, la constitución de Comités políticos y militares. Los primeros han de lograr una labor de coordinación, pues, por ejemplo, el Japón, plantea un problema, porque si bien los Estados Unidos lo consideran como un elemento vital en la defensa, Australia y Nueva Zelanda desconfían de un resurgimiento del militarismo japonés, al que temen. El hecho de que Filipinas e Indonesia no hayan ratificado el Tratado de paz con el Japón, es un obstáculo más en la colaboración de las naciones del Pacífico.

Es indudable que estos dos países citados en último lugar están, sin embargo, muy interesados en el establecimiento de una defensa contra la amenaza comunista. La reciente visita del Presidente Quirino a Indonesia indica que hay una tendencia a aunar voluntades en este sentido, aunque en política internacional ambos países actúan de una forma completamente distinta, pues si Filipinas se mueve dentro de la órbita de los Estados Unidos, Indonesia constantemente está declarando su absoluta neutralidad en el antagonismo Occidente-Oriente.

Aunque Filipinas mantenga unos estrechos lazos con los Estados Unidos en todo lo referente a política internacional, sin embargo la Conferencia de Honolulu ha producido en el país una ola de indignación y comentarios poco favorables, al ser excluida esta nación del Pacto. Filipinas se ha considerado siempre como pieza muy importante en cualquier sistema defensivo del Pacífico, y a los medios políticos, como al pueblo en general, este hecho les hace comentar con amargura el asunto y se quejan de que la nación haya sido separada *a priori* de la Conferencia. Con plena unanimidad, la prensa ha comentado con verdadero resentimiento tal actitud, destacándose en sus ataques el diario *The Manila Times*, que en un editorial, de forma clara y objetiva, hace la reivindicación de Filipinas.

Otros puntos que han herido las susceptibilidades filipinas han sido las declaraciones del Embajador de Australia en Washington, en las que dijo que un millón de ANZACS estarían dispuestos para la defensa de Filipinas, Japón y Estados Unidos, caso de que la Unión Soviética atacara en el Pacífico. A este respecto, se recuerda en Manila, en relación con la anterior declaración, la australiana de hace unos meses, en la que se precisaba que los pueblos «no caucásicos» del Pacífico nunca tendrían un papel principal, y sólo secundario, en la defensa del Pacífico.

Indonesia, como antes se ha indicado, mantiene el criterio de mos-

trarse completamente neutral en el antagonismo entre los occidentales y los soviets. Por ello, el Ministro de Información, Mukarto, ha hecho, a raíz de la Conferencia de Honolulu, unas declaraciones oficiales a fin de puntualizar la posición del país ante el Pacto del Pacífico. Señaló Mukarto que la política independiente de su país no es propicia a tomar parte en ningún pacto militar, pues esto siempre implica una cooperación armada entre sus participantes. A Indonesia lo que le interesa es contribuir a la paz del mundo, y por ello tiene verdadero interés en colaborar con los pueblos árabes y asiáticos, añadió. En cuanto a la ayuda norteamericana, hizo resaltar que les interesaba mucho en su aspecto técnico y económico, pero sin que ello imponga otras obligaciones que las propias de tipo financiero. De aquí que, a mediados del mes de septiembre de 1952, Indonesia haya solicitado y obtenido de Estados Unidos la anulación de la ayuda que se la iba a proporcionar por medio de las cláusulas de la «Mutual Security Act», seguramente por entender que beneficiarse de esta ley es contraer un cierto compromiso demasiado estrecho con Norteamérica, cosa que, naturalmente, no está dentro de la línea política internacional de Indonesia.

Por su parte, otro país interesado en los asuntos del Pacífico, aunque ya no pertenezca geográficamente al mismo, por su posición fuertemente anticomunista, entiende que la Conferencia de Honolulu no ha alcanzado los objetivos previstos. Este país es Tailandia, que sigue todo el desarrollo de lo que puede ser una defensa del Pacífico con verdadero interés, y en él se llega a tal conclusión por la razón de haber estado ausentes de la Conferencia no sólo el Japón, sino también otras naciones del sector Pacífico. En Bangkok se dice que, si bien la reunión ha servido para despejar los temores australianos de una resurrección del Imperio japonés, por otra parte, al no haber delegados de los países del Sudeste asiático en la Conferencia, no ha podido estudiarse en su completa amplitud un problema que afecta completamente a la seguridad del Pacífico, como es la posibilidad de una abierta intervención china en la contienda de Indochina.

Por último, es interesante esbozar, dentro de lo posible, la posición de la Unión Soviética y sus satélites, contra los cuales va dirigido única y exclusivamente este Pacto del Pacífico. La reacción rusa al dispositivo militar y político que impida la expansión del comunismo por el Pacífico, se ha dejado pronto sentir. En las reuniones habidas en Moscú entre representantes de la Unión Soviética, China comunista y Mongolia Exterior, a principios del mes de septiembre de 1952, estos países se han puesto de acuerdo para construir un Pacto que sea una réplica al de Defensa del Pacífico. Los rusos han declarado que el Pacto del Pacífico es un plan para hacer renacer el militarismo japonés, y que el Pacto es una permanente amenaza para todos los pueblos del Lejano Oriente, así como para Rusia.

El Congreso de la Paz que se celebró en Pekín tuvo como misión especial lograr arrancar al Japón de la influencia norteamericana, y la Radio de dicha ciudad declaró el 2 de septiembre de 1952 que este Congreso servirá de contrapeso al ANZUS, cuyo fin es hacer «entrar al Japón en los planes americanos para una agresión en el Pacífico». En una alocución difundida por la misma radio, la señora Sun-Yat-Sen ha declarado que el Pacto del Pacífico es sólo el medio de asegurar la «servidumbre de ciertos países asiáticos» al imperialismo norteamericano.

Como estaba previsto, el Consejo Militar del ANZUS celebró su primera reunión el 22 de septiembre de 1952, en el edificio del Estado Mayor de la Flota Norteamericana en el Pacífico, situado en Pearl Harbour. Esta conferencia, que fué secreta, duró tres días, siendo presidida por el Almirante Arthur W. Radford, que es actualmente Almirante de la Flota del Pacífico de los Estados Unidos. La delegación australiana estuvo presidida por el Teniente General Sidney F. Rodwell, y la neozelandesa, por el General de división William George Gentry, que es Jefe de Estado Mayor del Ejército de su país.

Las sesiones fueron secretas, y de las mismas no se ha hecho ninguna declaración, a excepción del comunicado oficial que fué publicado el día 25, en el cual se expone que «se había trabajado para determinar los detalles de la cooperación militar e informar al Consejo de los problemas que podían aparecer en relación con la aplicación del ANZUS».

El único hecho en relación con esto que ha tenido una cierta repercusión fué la noticia de que la petición de la Gran Bretaña de enviar un observador a esta Conferencia fué rechazada conjuntamente por las tres potencias que forman el Pacto. Es, pues, la segunda vez que se desecha una petición inglesa relativa a tener una representación, aunque sea únicamente con el carácter de observadora, en las reuniones del Pacto del Pacífico. La negativa ha sido criticada incluso por diarios norteamericanos, como *The New York Times*, que en un editorial defendía la necesidad de que el Reino Unido tuviera intervención en el Pacto del Pacífico, tanto por los numerosos territorios que posee en esta zona del mundo como por la unidad política que tiene con Australia y Nueva Zelanda a través de la Comunidad Británica de Naciones. El Foreign Office informó que contestaría a la respuesta tripartita denegatoria; pero caso de que tal cosa haga, ya sólo tendrá un valor simbólico, dado que la conferencia del Consejo Militar terminó.

Por último, otro país no admitido en el ANZUS, como es Filipinas, ha informado a últimos del mes de septiembre, por una declaración hecha por el Presidente Quirino, que se están dando los pasos necesarios para celebrar, en 1953, una conferencia similar a la celebrada en Baguío en 1950, en la que se estudiaron los problemas que interesan a las nacio-

nes del Sudeste asiático, y que a ella se piensa invitar, tanto a Australia, que ya intervino en la de 1950, como a Nueva Zelanda, por considerar que, siguiendo un criterio de buena vecindad, a estos países, como a todos los demás que se reunieron en Baguío, les interesa cambiar impresiones sobre una política conjunta que afecta a esta parte del mundo.

LUIS M.ª LORENTE

III.-CRONOLOGIA

